

Tratado de las Ninfas, los Silfos, los Pigmeos, las Salamandras y otros seres*

Theophrastus Bombast von Hohenheim (Paracelso)

Me propongo hablaros de las cuatro especies de seres de naturaleza espiritual, a saber: las Ninfas, los Pigmeos, los Silfos y las Salamandras; a estas cuatro especies, a decir verdad, habría que añadir los Gigantes y muchas otras. Estos seres, si bien tienen apariencia humana, no descienden de Adán; tienen un origen absolutamente diferente al del hombre y al de los animales. Sin embargo, se aparean con el hombre, y de esta unión nacen individuos de raza humana; más adelante diré por qué.

He aquí cómo he dividido este libro: en el primer tratado estudiaré la generación y la naturaleza de estos seres; en el segundo, su ambiente y su manera de ser; en el tercero, cuáles entre ellos se nos aparecen y se mezclan con nosotros; en el cuarto, los milagros que pueden hacer; en el quinto, la generación, el origen y el fin de los Gigantes.

Si bien nada impide inspirarse en los libros de otros, no lo haré —por la excelente razón de que los filósofos no han hablado de estos seres, no han proporcionado sobre ellos ninguna información; porque ellos no creen más que en lo que ven. Apenas algo se ha dicho sobre los Gigantes. Sea como fuere, está permitido tratar este asunto porque el Antiguo y el Nuevo Testamento describen ciertas maravillas que Dios opone a la razón. Entonces, si no está prohibido admitir la existencia de los diablos y de los espíritus, tampoco está prohibido estudiar su naturaleza. Examinemos pues todas las creaciones de Dios y reconozcamos que, aquí en la tierra, existen cosas inexplicables.

Para crecer en una cosa, basta con saber cuál es su finalidad. El lector podrá encontrar mi libro inútil y vano hasta que llegue al Tratado VI, en el cual expongo claramente el objeto de estos seres; cuando haya leído este tratado, se congratulará conmigo de haber estudiado por primera vez este tema y releerá atentamente mi libro. El que mira, ve.

Tratado Primero

Hay dos especies de naturaleza: la que es de Adán y la que no lo es. La primera es palpable, es aprehensible, densa, porque está hecha de tierra. La segunda no es palpable, ni aprehensible, es ligera, porque no está formada de tierra. La naturaleza de Adán es compacta; el hombre —que está hecho de ella— no puede atravesar un muro sin antes haber practicado en él una abertura. Para el que pertenece a la otra naturaleza los muros no existen; penetra los obstáculos más densos, sin necesidad de vulnerarlos. Finalmente, tenemos una tercera naturaleza que participa de las dos.

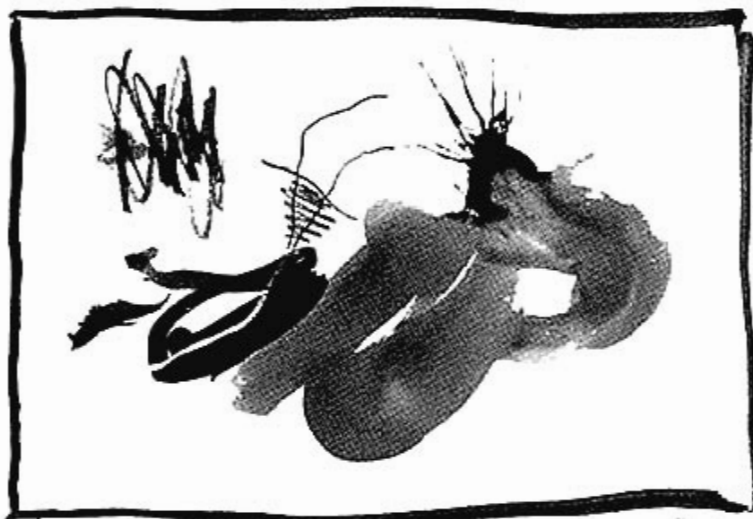
A la primera naturaleza pertenece el hombre, que está formado de sangre, carne y hueso, que engendra hijos, bebe, evacúa y habla; a la segunda pertenecen los espíritus, que no pueden hacer nada de todo esto. A la tercera, pertenecen los seres que son ligeros como los espíritus y que engendran como el hombre, tienen su aspecto y su constitución.

Esta última naturaleza participa de la del hombre y de la del espíritu sin llegar a ser naturaleza de éste o de aquél: efectivamente, los seres que le pertenecen no podrían ser clasificados entre los hombres, porque vuelan a la manera de los espíritus; tampoco podrían ser clasificados entre los espíritus

* Extracto del volumen *Escritos alquímicos y mágicos*. Traducido del italiano por Enrique Soto, Antonella Fagetti y Gertrudis Payás de la edición de Stampa Alternativa Nuovi Equilibri SRL, 1990.

puesto que evacúan, beben, tienen carne y hueso a la manera de los hombres. El hombre tiene alma, el espíritu no la necesita, y las criaturas en cuestión no puede decirse que la tengan y, sin embargo, no son como los espíritus: éstos no mueren mientras que aquellas sí. Estas criaturas, que mueren y que carecen de alma, ¿son entonces animales? Son algo más que animales: de hecho hablan y rien, cosa que éstos no hacen. Por consiguiente, se aproximan más a los hombres que a los animales. Pero se aproximan a los hombres sin llegar a ser hombres, como el simio se nos asemeja por sus gestos y su industriosa y el cerdo por su anatomía, sin que dejen de ser simio o cerdo. Se puede decir también que son superiores a los hombres porque son inaprehensibles como los espíritus; mas conviene agregar que Cristo, que nació y murió para redimir a los seres que poseen alma y son descendientes de Adán, no redimió a estas criaturas, que no tienen alma ni descienden de Adán.

Nadie puede sorprenderse o dudar de su existencia. Sólo cabe admirarse de la variedad que Dios da a todas sus obras. Lo cierto es que a estos seres no se les ve con frecuencia; se les ve más bien raramente. Yo mismo no los he visto más que en una suerte de sueño. Pero no se puede sondear la profunda sabiduría de Dios, ni apreciar sus tesoros, ni conocer todas sus maravillas; quienes custodian estos tesoros y nos los revelan de vez en cuando no son de la naturaleza de Adán; lo repetiré en el último tratado.



Nuestras criaturas parecen seres que se les asemejan y que no se parecen a nosotros. Igual que nosotros, las hay prudentes, ricas, sabias, pobres o locas. Son la imagen burda del hombre, al igual que el hombre es la imagen burda de Dios. Son tal cual fueron concebidas por Dios que no quiere que sus criaturas puedan elevarse a un escalón superior, ni perseguir otro fin que no sea el suyo; les impide obtener un alma y prohíbe al hombre tratar de igualarlas.

Estos seres no temen ni el fuego ni el agua. Están sujetos a las enfermedades y a las indisposiciones humanas. Mueren como los animales y su carne se pudre como la carne animal. Virtuosos o viciosos, puros o impuros, mejores o peores como los hombres, tienen de ellos las costumbres, los gestos y el lenguaje; como ellos, se distinguen por sus rasgos y su aspecto; viven bajo una ley común, trabajan con sus manos, tejen sus ropas, se gobiernan con sabiduría y justicia, y en todo son razonables. Para ser hombres sólo les falta el alma. Y puesto que les falta el alma, no piensan ni en servir a Dios ni en seguir sus mandamientos; el instinto es lo único que les mueve a comportarse honestamente.

Entonces, así como entre las criaturas terrestres el hombre es quien se aproxima más a Dios, entre los animales son nuestros seres los que se aproximan más al hombre.

Tratado Segundo

Nuestras criaturas tienen cuatro tipos de moradas: acuáticas, aéreas, terrestres e igneas. Las que habitan en el agua se llaman Ninfas, en el aire, Silfos, en la tierra, Pigmeos, y en el fuego, Salamandras. No creo que éstos sean realmente los nombres que usan entre ellos; creo que les han sido atribuidos por gente que no ha tenido relación con ellos, pero puesto que son los que usamos, los conservaré, aunque también se pueda llamar a las criaturas acuáticas Ondinas, a las aéreas, Silvestres, a las terrestres, Gnomos y a las igneas, Vulcanos. Por lo de-

más, poco importan los nombres; lo que es necesario saber es que estas cuatro especies de seres habitan lugares muy distintos; que las Ninfas, por ejemplo, no tienen relación con los Pígmicos. Así los hombres comprenden la sabiduría de Dios, que no ha dejado un solo elemento vacío o estéril.

Es sabido que existen cuatro elementos: aire, agua, tierra y fuego. Es sabido también que nosotros, los hombres, descendientes de Adán, vivimos en el aire, del cual estamos rodeados, así como los peces están rodeados de agua. Para los peces las aguas sustituyen al aire, para los hombres el aire sustituye al agua. Cada criatura está adecuada al elemento en el que está inmersa; las Ondinas, concebidas para vivir en el agua, se sorprenden de vernos vivir en el aire, al igual que nosotros nos sorprendemos de verlas vivir en el agua. Del mismo modo, los Gnomos atraviesan sin la menor dificultad la roca más densa, como nosotros atravesamos el aire, porque la tierra es su *caos*, porque este *caos* está formado de piedra y roca, como el nuestro está formado de aire.

Entre más espeso es el *caos*, más ligeros son sus habitantes, y viceversa. Los Gnomos, que habitan un *caos* espeso, son ligeros; el hombre, que habita un *caos* ligero, es espeso. Son los Silvestres quienes más se nos asemejan: viven en el aire, en el agua se ahogan, bajo la tierra sofocan, en el fuego se queman.

No os sorprendáis de todo esto. Dios demuestra que es Dios creando cosas que nosotros no podemos comprender: porque si pudiésemos comprender todo lo que ha creado, nos parecería débil y querríamos compararnos con él.

Para entender bien lo que diremos respecto a la forma de alimentarse de nuestros seres, es necesario saber que cada *caos* tiene, sobre sí, un cielo y, debajo, una tierra: nuestro *caos* tiene arriba el cielo y debajo la tierra; así el cielo y la tierra nos nutren. Los habitantes del agua, o sea, aquéllos que tienen el agua como *caos*, tienen debajo de ellos la tierra y, arriba, el cielo. Los Gnomos que tienen la tierra como *caos*, tienen debajo de ellos el agua y, encima, la superficie de la tierra, porque la tierra reposa sobre el agua;



Ondinas y Gnomos se alimentan conforme a su medio. Los Silfos que tienen el mismo *caos* que los hombres tienen la misma dieta. Nosotros tenemos el agua para aplacar nuestra sed; para aplacar la suya, estos seres tienen un agua que nos es desconocida y que no podemos ver. Ellos necesitan comer y beber, pero comen y beben lo que es alimento y bebida para ellos.

Se visten y cubren sus partes vergonzosas a su manera, no a la nuestra. Designan a sus guardias, magistrados, jefes, del mismo modo que las abejas eligen una reina, o las bestias salvajes a su guía. Dios ha ocultado las partes secretas de todos los animales, pero no lo ha hecho con estos seres que, como el hombre, deben recurrir a sus habilidades. Como a nosotros, Dios les ha dado la lana de oveja; Dios, en efecto, puede crear ovejas diferentes de aquellas que vemos; éstas pastan en el fuego, en el agua o en la tierra.

Nuestros seres duermen, descansan y velan a la manera de los hombres, tienen como ellos un sol y un firmamento. Los Gnomos ven a través de la tierra como nosotros a través del aire, perciben a través de la tierra el Sol, la Luna y las estrellas; igualmente, las Ondinas descubren el Sol a través del agua, las Salamandras lo ven fecundar y

calentar su *caos*, trayéndoles el verano, el invierno, el día, la noche. Como nosotros, padecen la peste, las fiebres, la pleuritis y otras enfermedades enviadas del cielo, porque son hombres o, mejor dicho, porque lo serán: porque hasta el día del juicio final, seguirán siendo animales.

En cuanto a su físico, es evidente que varía: las Ondinas de ambos sexos tienen aspecto humano, los Silfos son más densos, más grandes y robustos; los Gnomos, más pequeños, tienen cerca de dos palmos de altura, las Salamandras, ligeras, gráciles y delgadas. Las Ninfas habitan en los ríos, cerca de los ríos donde los humanos se lavan y bañan los caballos. Los Gnomos habitan en las montañas; por eso frecuentemente se encuentran agujeros y perforaciones del tamaño de un codo. En el Monte Etna se escuchan los gritos de las Salamandras, el ruido de sus actividades que sacuden su elemento. Es más fácil descubrir la morada de los Silvanos, se les puede ver.

Podría agregar muchas otras cosas admirables que conciernen a la moneda y las costumbres de estos seres. Lo haré cuando llegue el momento.



Tratado Tercero

Todo lo que Dios crea termina por manifestarse al hombre. Dios le muestra alguna vez el diablo y los espíritus con el fin de convencerle de su existencia. Desde el cielo le envía también los ángeles, sus servidores. Así, pues, estos seres se nos aparecen no para estar con nosotros o unirse a nosotros, sino para que podamos conocerlos. Estas apariciones, de hecho, son raras. ¿Y por qué no deberían serlo? ¿No basta con que uno de nosotros vea un ángel para que los demás creamos en ellos?

Además, para que la prueba de su existencia sea más clara, Dios permite no solamente que las Ninfas sean vistas por ciertos hombres, sino que tengan relaciones carnales con ellos y que les nazcan hijos de ellos. Dios permite asimismo que algunos hombres no sólo vean a los Pigmeos, sino que también reciban dincro de ellos, y que otros viajen con los Silfos.

Del mismo modo que un hombre no es idéntico para dos personas, vemos a las Ninfas diferentemente de como ellas nos ven a nosotros: las Ninfas no juzgan como nosotros, porque su medio es otro, y cada quien juzga según las ideas de su medio. Las Ninfas y los Pigmeos no se dan cuenta de que pueden quedarse, amar y vivir entre nosotros porque, al ser ligeras, pueden tolerar nuestro *caos*, mientras que nosotros, al ser densos, no sabríamos soportar el suyo.

Dijimos que estos seres podrían tener relaciones carnales con los hombres y tener hijos de ellos. Estos hijos son de raza humana porque el padre, al ser hombre y descender de Adán, les da un alma que los hace iguales a él y eternos. Y creo que la hembra que recibe esta alma con el semen es, como la mujer, redimida por Cristo. Nosotros no alcanzamos el reino divino sino en la medida en que nos comunicamos con Dios. De igual modo, esta hembra no adquiere el alma hasta que no conoce un hombre. Efectivamente, el que es superior comunica su virtud al que es inferior. He ahí, entonces, una razón más de la aparición de estos seres: buscan nuestro amor para elevarse, como los paganos buscan el bautismo para adquirir alma y



renacer con Cristo.

Añadiré que no se aproximan a nosotros sólo por semejanza, como el lobo se asemeja al perro salvaje. No todos estos seres, en efecto, tienen relaciones carnales con el hombre. Las Ninfas son las que más lo hacen; después de las Ninfas, los Silfos; los Pigmeos, en cambio, no tienen relaciones de éstas con el hombre, contentándose con servirlo. Se considera generalmente a los Pigmeos y a los Etnicos como espíritus por su apariencia brillante y resplandeciente: no se piensa que su sangre y su carne sean de naturaleza luminosa. Los Pigmeos y los Etnicos son ágiles y ligeros como los espíritus, conocen el presente, el futuro y el pasado, revelan a los hombres lo que está oculto; tienen del hombre la razón sin tener su alma, tienen la ciencia y la inteligencia de los espíritus sin poseer el conocimiento de Dios que éstos tienen.

Hemos dicho que las Ninfas salen del agua para vernos, hablarnos y unirse a nosotros. Los Silfos son más burdos, no conocen nuestra lengua. Los Gnomos hablan la misma lengua que las Ninfas. Los Etnicos hablan poco. Los Silfos son más tímidos que los hombres. Los Gnomos son más peque-

ños, a menudo se los toma por llamas errantes, espíritus, almas encendidas y fantasmas. Las llamas que vuelan sobre las praderas alejándose y acercándose no son sino Gnomos. Los Vulcanos son parecidos; pero a causa de su naturaleza frecuentan poco al hombre, prefieren a las viejas y a las brujas. Por eso su cercanía es peligrosa: en ellos bulle el diablo. Además, el diablo se introduce a veces en el cuerpo de los Gnomos y de los Silfos, sobre todo en el de las hembras, y se divierte haciéndolas parir fetos leprosos, sarnosos o tiñosos.

El hombre que tenga tratos con una Ninfa, que no la importune cerca del agua; el que tenga tratos con un Pigmeo, que no lo importune cerca de sus cavernas: Ninfas y Pigmeos desaparecerían. Esta desaparición sólo se da si ambos se encuentran cerca de los elementos de la Ninfa o del Pigmeo; lejos de sus elementos, el hombre puede forzarlos siempre a permanecer a su lado. Los Gnomos, cuando acuden a nuestro llamado, nos sirven fielmente a condición de que cumplamos sus deseos. Si mantenemos nuestras promesas, ellos mantienen las suyas, nos dan dinero: tienen, en efecto, mucho dinero a su disposición, porque lo extraen y elaboran

ellos mismos. Nos lo dan con la única condición de no hacer acopio de él y de compararlo.

Tratado Cuarto

Dijimos que estos seres emparentan con los hombres, teniendo hijos de ellos: dijimos también que si el hombre los molestara cerca de sus elementos, ellos desaparecerían. Agreguemos que lo que le sucede a una Ninfa sucede también a su esposo: si ella se ahoga, él se ahoga también. Él cree que ha desaparecido en el agua y no sospecha que su propia vida está en peligro, que su unión con la Ninfa no se ha disuelto así como no se disuelve la unión de un hombre y una mujer porque ésta se haya fugado. Efectivamente, para que una tal unión se disuelva, se requiere el consenso de los dos esposos. Ahora bien, recordemos que la Ninfa que se ha unido a un hombre estará presente en el juicio final, porque por esta relación ha obtenido el alma: por lo tanto, es mujer, y su unión con el hombre no se disuelve sino con su consentimiento. Si el marido toma otra esposa sin su permiso, reaparece y lo mata.



Las Sirenas nadan más bien por la superficie del agua y no bajo ella; viven a la manera de los peces y, aunque no tengan aspecto de mujer, se le asemejan en parte. Son monstruos, como los monstruos que nacen de hombres y mujeres. Suponemos que las Ninfas que se reproducen entre ellas como lo hacen los humanos y generan monstruos que nadan por la superficie del agua: son las Sirenas. Estas sirenas saben cantar y tocar la flauta. Las Ninfas y los Gnomos generan además otros monstruos, los Monjes, que se asemejan a los hombres y habitan en su medio. De la misma suerte, las estrellas generan monstruos, los cometas, que no siguen el curso de ellas. Dios, como veís, crea cosas admirables.

Tratado Quinto

Debemos hablar de dos razas relacionadas a la de las Ninfas y los Pigmeos: los Gigantes y los Enanos. Los Gigantes y los Enanos no descienden de Adán. Es cierto que San Cristóbal fue un gigante, pero de naturaleza humana, y no se le puede ubicar entre seres cuya característica es no ser de esta naturaleza. Testimonio de esto son los Gigantes Bernense, Sigenotto, Ildebrando, Dietrico. Lo mismo diremos de los Enanos: por ejemplo, Lauriano y otros.

No ignoramos que muchas personas no creen en los Gigantes ni en los Enanos. Se contentan con decir: los Gigantes son extraordinarios y demasiado fuertes, por lo tanto, los rechazaremos y los consideraremos ilusiones.

Los Gigantes son engendrados por los Silfos, y los Enanos por los Pigmeos. Gigantes y Enanos son monstruos de los Silfos y de los Pigmeos, así como las Sirenas son monstruos de las Ninfas. He aquí por qué son raros; no obstante, se han visto suficientes para no dudar de su existencia. Son notables por su sólida constitución.

He aquí lo que debemos pensar de su alma: son hombres nacidos de animales y son monstruos: por lo tanto no tienen alma. Se diría, sin embargo, que la tienen, viendo sus buenas acciones y su amor por la verdad. Porque así como el simio imita los ges-

tos del hombre, ellos pueden actuar como el hombre.

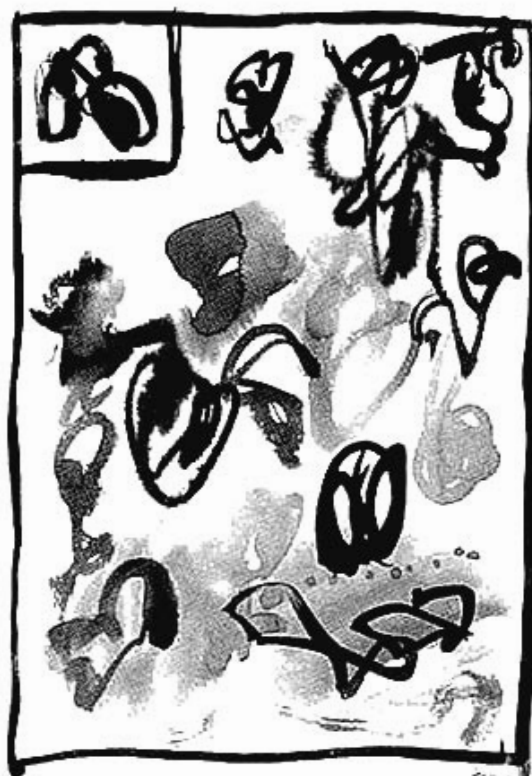
Si lo hubiese querido, Dios habría podido dar alma a estos seres, como se la dio al hombre comunicándose con él, como se la ha dado a las Ninfas desposándolas con el hombre. Pero no lo ha querido para no crear una raza semejante a la humana. A pesar de sus buenas acciones, no pienso que los Gigantes y los Enanos participen de la redención. Pero aunque no tienen la fe, son sabios a la manera de los animales.

Los Enanos nacen de los Pigmeos. He aquí porqué no tienen el tamaño de los Gigantes: los Silfos de los cuales nacen son más grandes que los Pigmeos.

Los Gigantes y los Enanos pueden tener relaciones carnales con las mujeres descendientes de Adán y satisfacerlas. No pueden tener hijos de su propia raza más que desposándose entre ellos o uniéndose al hombre: de hecho son monstruos, y no pueden engendrar entre ellos así como no pueden hacerlo los consanguíneos; por otra parte, si se unen con los hombres, el feto será de doble naturaleza, es decir, de la suya y de la del hombre, y por consiguiente el niño será de raza humana porque, teniendo por padres un ser sin alma y un ser con alma, pertenece a la raza de este último. Los Gigantes y los Enanos mueren, pues, sin descendientes, así como los cometas no engendran otros cometas ni los terremotos otros terremotos.

Tratado Sexto

Dios ha hecho estos seres para que sean custodios de sus creaciones. Así, los Gnomos cuidan los tesoros de la tierra, metales y otros, y les impiden ver la luz antes del tiempo fijado. Porque estos tesoros, oro, plata, fierro, etcétera, no deben ser encontrados todos a la vez; deben ser distribuidos poco a poco, y no sólo a unas pocas personas, sino a todas. Las Salamandras vigilan los tesoros de las regiones igneas, los Silfos los tesoros que traen los vientos, las Ondinas los que se encuentran en el agua. Todos los tesoros son fabricados en la región ignea, bajo el cuidado de las Salamandras, para ser enseguida diseminados y conservados en otros lugares.



Las Sirenas, los Gigantes, las Manes y las Centellas (que son los monstruos engendrados por las Salamandras) fueron creados con otro fin: deben alertar a los hombres de los sucesos graves, indicarles cuando un incendio estalla, advertirles de la ruina de un reino. Los Gigantes anuncian específicamente la devastación de un país, las Manes la carestía, las Sirenas la muerte de reyes y príncipes.

La causa inicial del Universo rebasa nuestro entendimiento. Pero, a medida que el mundo se acerca a su fin, las cosas se nos manifiestan siempre más claramente; vemos su naturaleza, su utilidad. El último día todo resultará claro, todo será conocido, nada será ignorado, cada uno recibirá la recompensa por sus esfuerzos y por su amor a la verdad. Entonces no habrá médico o profesor que valga. La cizaña será separada del grano y la paja del trigo.

Entonces callará el que hoy grita. Aquel que cuenta ya el número de las páginas que tiene todavía que escribir sucumbirá bajo el peso de su obra. Entonces serán felices aquellos que en este momento intentan comprender. Y aquel día se sabrá si lo que digo es mentira.



Paracelso

Philippus Theophrastus Bombast von Hohenheim nació en 1491 o 1493, en la aldea de Maria Einsiedeln (Nuestra Señora de los Eremitas –de donde deriva el sobrenombre de Eremita que Erasmo dará a Paracelso– en el cantón de Schwitz). Su padre, Guillermo von Hohenheim, hombre curioso de las ciencias y poseedor de una bella biblioteca, ejercía la medicina en la aldea, y, como todos, se dedicaba a la alquimia. Fue él quien dio al niño el sobrenombre de “Aureolus”.

A la edad de diez años, Aureolus se divertía delante de la casa paterna tirando la cola de un gran cerdo que, furioso, giró sobre sí y le arrancó los testículos. Tal vez de este hecho deriva el desprecio que, más tarde, Paracelso mostró hacia las mujeres.

Instruido por su padre en la alquimia y la magia, y por el famoso Tritemio, abad de Spanheim, por Scheyt, obispo de Sergach y Mateo Schlacht, Philippus vaga como los gitanos por las ciudades y aldeas, haciendo horóscopos, leyendo las líneas de la mano, vendiendo el secreto de la Piedra Filosofal, invocando a los muertos, cantando salmos, interrogando a médicos, charlatanes, verdugos, barberos, viejas y hechiceros.

Camina al azar, dice haber visitado toda Europa, haber estado en Rusia, haber sido capturado por los tártaros y conducido por ellos a Constantinopla, después de haber llegado hasta Egipto, ¡con el solo propósito de perfeccionar la ciencia hermética! Pero Theophrastus Paracelso (que así se hacía llamar: ya en esa época un médico, para destacar, debía deslumbrar a la clientela) no salió de Alemania, como se deduce de lo fantasioso de las descripciones que hace de otros países.

Permanece mucho tiempo en las minas de Bohemia, donde Segismundo Fueger de Schwartz le enseña mineralogía y metalurgia. Se enrola en el ejército con funciones de cirujano.

Los médicos temen el mercurio y el opio; él los recomienda y, además, con éxito, pues gracias a estas sustancias cura lepra, enfermedades venéreas, escabiosis, hidropesias li-



geras y dolores agudos. Exalta a Hipócrates y maldice a los árabes y a los eruditos escolásticos.

Cura a Erasmo y a Ecolampadio. Este último, en 1527, le ayuda a obtener una cátedra de profesor de medicina y filosofía en la Universidad de Basilea. En la primera clase amontona todos los libros de medicina que encuentra en el anfiteatro y los quema, gritando:

Si, yo os digo que los pelos de mi nuca saben más que vosotros y que vuestros autores; los cordones de mis zapatos son más instruidos que vuestro Galeno y que vuestro Avicena y mis barbas tienen más experiencia que vuestras universidades. ¡Seguidme pues, caminad detrás mío, seguidme todos: yo soy vuestro rey!

En 1529, gracias a su láudano, cura al noble canónigo Liechtenfessius de violentos dolores de estómago; reclama el precio convenido, 100 luises de oro, pero no logra obtenerlos y lo lleva a juicio; pierde la causa, insulta a los jueces, y se ve obligado a huir precipitadamente de la ciudad.

Continúa su vagabundeo: visita Colmar, Nuremberg, San Gallo, Ausburgo y Salzburgo, donde el 24 de septiembre de 1544, muere en el Hospital de Saint-Étienne, dejando por toda biblioteca solamente una Biblia, la Concordancia de la Biblia, el Nuevo Testamento y los Comentarios de San Jerónimo sobre los Evangelios.

